
Cosmovisión y mitos

Entrevista con Alfredo López Austin

Alicia Salmerón*

Elisa Speckman**

Historiador del pensamiento mítico mesoamericano, lector atento de ese conjunto de representaciones simbólicas capaces de revelar el sentido profundo de una cultura, Alfredo López Austin es uno de los más destacados estudiosos de nuestro pasado prehispánico. Interesado en los mitos, así como en los ritos —manifestaciones culturales ambas que permiten acercarse a las creencias que durante siglos dieron sentido al quehacer y destino de los hombres y mujeres de Mesoamérica—, ha publicado libros fundamentales sobre el tema. Entre sus obras se cuentan, por ejemplo: *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*; *Hombre-Dios, religión y política en el mundo náhuatl*; *El conejo en la cara de la luna. Ensayos sobre mitología de la tradición mesoamericana*; *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*; *Tamoanchan y Tlalocan*; y, en colaboración con Leonardo López Luján, *Mito y realidad de Zuyuá serpiente emplumada y las transformaciones mesoamericanas del Clásico al Posclásico*. Estos son textos importantes que han circulado, traducidos a diversos idiomas, por muchos países —alguno cuenta incluso, con traducción al japonés—.

* Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

** Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.

Desde hace cuatro décadas, López Austin ha sido investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México —primero en el Instituto de Investigaciones Históricas y luego en el de Investigaciones Antropológicas—. Ha recibido distinciones por su labor de investigación, como las becas del Instituto de Cultura Hispánica y de la Fundación Guggenheim, pero también es muy reconocida su vocación por la enseñanza: magnífico expositor e interlocutor, y siempre generoso con su tiempo para con los estudiantes.

¿Cómo fue que nació tu interés por la historia? Tu formación inicial como profesionista fue en derecho, ¿cómo diste el paso a la historia? ¿Cómo y cuándo empezaste a estudiar el México prehispánico?

Mi inclinación por la historia responde a un gusto, totalmente a un gusto, más que a un interés de carácter intelectual en su origen. En mi infancia no me destaqué por mi afición a la escuela, pese a que mis calificaciones eran buenas: fui de esos niños que echan a volar la imaginación lejos del aula. La rigidez de la escuela primaria se oponía a la libertad de la que yo gozaba en mi hogar y aquel contraste me resultaba conflictivo.

De todos modos, me apasionaron las enseñanzas de la historia en la escuela primaria, en

especial la historia de las religiones de los pueblos de la antigüedad. Buscaba los relatos míticos en las páginas de los textos infantiles de la biblioteca escolar; repasaba narraciones e imágenes hasta memorizarlas... Fue mi encuentro con la religión. En mi hogar no fui educado dentro de ningún credo, pero el politeísmo me atrajo desde niño, como un cumplido admirador externo de las obras religiosas del hombre.

Aquellas lecciones y lecturas, unidas a las de las obras de Emilio Salgari, de Julio Verne e, incluso, de Edmundo de Amicis, contribuyeron a mis fantasías infantiles. A todo aquello se unió un ingrediente muy importante: junto a la historia de las aulas y de las novelas me encontré con una viva historia oral. Recuerdo muy bien a don Tacho, un viejo ¡muy viejo! que llegaba todos los días a la casa de mis padres a hacer algunas tareas no muy pesadas. Anastasio Hidalgo creo que se llamaba, y en la imagen que guarda mi memoria aparece un hombre sabio, delgado, con una larga barba blanca... Don Tacho nos narraba historias; nos contaba que había conocido y tratado a Vitorio, un guerrero chiricahua que cayó en combate contra las fuerzas del gobierno. Nos decía que Vitorio había tenido muchas mujeres, una de ellas era muy grande y muy fuerte, bermeja... Sus relatos inflamaban mi imaginación. Muchos años después, adolescente, cuando recorría mi barrio, pensaba que era injusto que no hubiese una calle que llevara el nombre del héroe indígena, ni el de Gerónimo, ni el de Hu, ni el de Mangas Coloradas..., mientras que sí existía cerca de mi casa una calle con el nombre de quien había herido de muerte a Vitorio: el soldado tarahumara Mauricio Corredor.

Otras experiencias fueron también importantes. De niño viajé mucho con mi familia: vivíamos en Ciudad Juárez y recorríamos las ciudades fronterizas. Íbamos con frecuencia a Piedras Negras por motivos familiares; también a Chihuahua, a Guadalajara y veníamos a la ciudad de México. Eran viajes largos, tres días en ferrocarril, pero los pesados trayectos se compensaban con la visita del niño provinciano a los museos. Recuerdo, por ejemplo, el impacto tan grande que me causó en una de aquellas

visitas encontrarme frente al *océlotl-cuauhxicalli*. La terrible cara del felino quedó grabada en mi mente. Las posteriores visitas al Museo de Antropología, ubicado entonces en la calle de Moneda, impulsaron nuevas lecturas. Ya en la secundaria leí a Francisco Javier Clavijero y a Alfredo Chavero, que eran los libros que tenía a mi disposición; luego, en preparatoria, pedí a México el libro de Ángel María Garibay: *La historia de la literatura náhuatl*. Sin embargo, nunca pensé que mis aficiones por el estudio del mundo indígena y las religiones serían mi oficio en la vida adulta.

Cuando acabé la escuela preparatoria y tuve que escoger una carrera, decidí dedicarme a la filosofía o a la escultura. Pero vivía en provincia y en casa ninguna de estas dos opciones fue bien recibida. Se me dijo que tenía que estudiar una carrera “en serio”. Las alternativas que se me presentaron eran demasiado cerradas y, por eliminación, llegué al Derecho... ¡Así que ésta es mi vocación por la abogacía! Nunca me gustó realmente el estudio del Derecho, aunque envidiaba a mis compañeros de la Facultad que estudiaban con verdadera pasión y que así ejercieron o ejercen el oficio.

Estudí Derecho en la Ciudad de México, en esta Universidad Nacional. Mientras hacía la carrera, aprovechaba para asistir a cursos en la Facultad de Filosofía: aprendí náhuatl, tomé clases de cultura prehispánica, de historia de Roma... En fin, entré a las clases que me parecían interesantes, sin ningún orden. Pero al terminar los estudios de Derecho volví a Ciudad Juárez, a trabajar como abogado. Ejercí la profesión durante tres años.

Profesionalmente me iba bien, pero un día se me presentó la oportunidad de hacer algo que verdaderamente me entusiasmaba. Recibí una invitación de un profesor de historia a cuyo curso había asistido durante varios años, Miguel León-Portilla. Me pedía que me viniera a trabajar a la Ciudad de México. Era toda una aventura, pero sin duda una buena oportunidad para iniciar algo nuevo. Consulté con mi esposa; pensé que me diría que estaba loco —porque vivíamos cerca de nuestras familias y amigos,

nos iba bien y teníamos de todo—, pero Martha dijo: “Si es lo que te satisface, vámonos”. Jamás nos hemos arrepentido.

Al llegar a la Ciudad de México tuve que tomar dos empleos para que nos alcanzara el dinero. Uno fue como secretario académico del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM; el otro, como subsecretario del Instituto Indigenista Interamericano. Dejé este último trabajo en cuanto logré incorporarme como investigador en el Instituto de Investigaciones Históricas. Sin embargo, para dedicarme a la investigación sabía que no era suficiente mi carácter de autodidacto. Había estudiado con gusto, pero sin orden, sin sistematizar los conocimientos, sin la disciplina del profesional. ¿Y cómo empezar? Pues por el principio, porque entonces no había posibilidad de revalidaciones ni de pasar de la licenciatura de una carrera a la maestría de otra. Hice entonces la licenciatura de Historia —ya viejo, pues era diez años mayor que la mayoría de mis compañeros—; cursé la maestría y luego hice el doctorado, todo en la Facultad de Filosofía de la UNAM.

En fin, el camino por el que llegué a la historia fue largo... Y respondió más a motivaciones pasionales, estéticas, que a inclinaciones propiamente académicas. Debo reconocerlo: soy historiador porque creo que la historia es una de las mejores vías para comprender la religión, para comprender la vida indígena. Esto es lo que me apasiona.

Muchos historiadores que han tenido una formación previa como abogados se han interesado por la historia del derecho o de las instituciones y han reconocido el peso de su formación inicial en el tratamiento que han dado a sus objetos de estudio. Tú realizaste un trabajo sobre el derecho en los antiguos nahuas, pero después te interesaron temas que se alejaron de este campo: el cuerpo, la religión, los mitos... ¿Podemos pensar que sólo en ese primer trabajo tus estudios de derecho te aportaron elementos para tu labor como historiador? ¿Tienes otras deudas con tu formación como jurista?

Efectivamente, yo hice un primer trabajo sobre derecho indígena. Quería titularme como abogado; necesitaba hacer una tesis para cumplir con un requisito burocrático. Recuerdo que para escribir aquel trabajo me acerqué a Mario de la Cueva, y él aceptó dirigirme. Como no era especialista en derecho indígena, me pidió una autorización de Garibay, quien a su vez, me pidió que me supervisara León-Portilla. Así elaboré mi tesis bajo la supervisión de tres directores. Desde luego que aquella investigación me sirvió mucho. Aprendí que para comprender un tema histórico era necesario enfocar los problemas dentro del estudio de la globalidad social. Fue la base para mis estudios históricos posteriores. ¿Cómo podría estudiar la cosmovisión, la religión, la magia o la mitología de una sociedad sin un marco suficientemente amplio para comprenderlas como creaciones sociales? ¿Cómo podría acercarme a los temas de mi interés sin tener una visión aceptable de su tiempo histórico, sus antecedentes y sus consecuencias? Además, el haber elegido como tema de estudio el derecho constitucional fue mucho más conveniente, por su amplitud, que si hubiese elegido el derecho laboral o el derecho a la tierra.

Creo que los cursos que tomé en la Facultad de Derecho influyeron favorablemente en mi formación como historiador: me enseñaron a buscar raíces lógicas en la cultura. En Derecho se prioriza la racionalidad humana. Esto mismo, aplicado a la religión, lo aprendí leyendo a James George Frazer, una de mis primeras lecturas teóricas sobre la materia. En la obra de Frazer descubrí la importancia de buscar la lógica y el sentido de las grandes construcciones humanas, de la religión, de la magia, del pensamiento mítico... Aprendí a no acercarme al mito, a la religión y a la magia como a meros acervos de creencias y mucho menos a caracterizarlos como falsos, independientemente de mis convicciones personales como no creyente. Aprendí a buscar su razón, su funcionalidad —sin ser funcionalista—; a entenderlos como una respuesta racional a las necesidades humanas. He de decir que el hecho de que yo viera la religión desde fuera,

no como un creyente, me facilitó el entenderla como un aparato lógico, racional.

La profesión de abogado es lúdica, y creo haber recuperado algo de este carácter en mi trabajo como historiador. No me refiero sólo al debate académico —un juego que me agrada, aunque no soy afecto a la confrontación pública—, sino al proceso mismo de la investigación. La investigación puede ser un juego: una apuesta a la hipótesis, un enfrentamiento virtual —y a veces real— con otros autores y con uno mismo, una posibilidad de derrota y un compromiso con determinadas reglas. Es apasionante precisar las reglas y el tema del juego —fijar el *litis*, como dicen los abogados— seguir las reglas, jugar limpio —tal vez por vanidad— y tratar de vencer con la comprobación de la hipótesis. Esto es algo que debo a mi formación de abogado.

A pesar de que no te hayas dedicado a la historia jurídica e institucional, es claro que tus investigaciones sobre el mundo prehispánico te han dado una visión particular con relación a problemas de gran actualidad en este campo, como es el del derecho indígena. Con esta preocupación en mente, ¿podrías decirnos si consideras que las concepciones de ley y de justicia en Mesoamérica influyeron en prácticas jurídicas de los siglos posteriores y si, de alguna manera, han llegado hasta nuestros días?

Creo que el orden jurídico que tenemos, el sistema positivo, es totalmente excluyente. Pero también creo que el derecho indígena sigue muy vivo —no me refiero a un derecho indígena “puro”, si es que hay algo puro en este mundo, sino a un derecho surgido de la vida comunal, aunque muy influido por el mundo colonial—. Hay una práctica jurídica de gran valor que surge de la vida comunal y que no ha sido reconocida. Considero que esta práctica debe ser respetada y para ello tenemos que cambiar nuestro sistema jurídico que no sólo es externo a las comunidades sino, como decía, excluyente. Sostener el actual sistema es negarse a aceptar la realidad histórica.

Espero que en este siglo que comienza logremos cambiar la concepción teórica del derecho no sólo en México, sino en el mundo. Hay muchas cosas que cambiar... Espero que el XXI sea un siglo de revoluciones, de revoluciones teóricas, científicas, filosóficas... Estamos en un vórtice —¿para bien o para mal?—; me parece que la actual situación es ya insostenible. Vivimos en una aparente calma, pero en muchos sentidos el mundo está sentado sobre un barril de dinamita. Cambiamos o perecemos. Pero no soy profeta, soy historiador.

Adentrándonos en los temas sobre los que has trabajado desde hace tantos años, queremos preguntarte: ¿cuál es la relación entre mito e historia en los textos de tradición mesoamericana?

Para entender la relación entre mito e historia hay que introducirse en un complejo mundo cultural: la cosmovisión de los pueblos. Los hombres, en sus relaciones cotidianas —en su vida política, social, religiosa...—, se afirman y buscan sustento en acontecimientos históricos, mundanos, pero también en historias teñidas con elementos sobrenaturales, en la inserción del mundo de los dioses. Hacen entonces una construcción doble.

Esta doble construcción puede verse, por ejemplo, en los mitos de migración: hay un periodo en la historia de los pueblos en que los milagros abundan, es un periodo concebido como un “amanecer”, que va del “nacimiento” de un pueblo a su establecimiento en un lugar que se considera definitivo. Ya establecidos aparece el Sol. Obviamente éste es un tiempo en que los dioses están siempre presentes.

Ahora bien, con la Conquista, las antiguas historias tomaron otros tintes: muchas de ellas, cargadas de mitos, perdieron sentido; otras se recargaron de hechos humanos —o sobrenaturales, pero de la nueva religión— y se perdió el doble origen de los antiguos relatos. Tras la Conquista, la relación de los relatos se hizo confusa y podemos decir que nosotros recibimos un panorama bastante distorsionado de las historias de los pueblos.

¿Podrías hablarnos más sobre este complejo conjunto de creencias que es la cosmovisión de un pueblo?

La cosmovisión es más que un conjunto de creencias. Es un sistema, un macrosistema; es la máxima abstracción de sistemas creados por el hombre para cubrir todos los aspectos de su vida cotidiana. Claro que esta abstracción máxima escapa a la posibilidad de ser formalizada, porque trasciende las vías de expresión. Sin embargo, se deja ver en el mito, en el rito; se cristaliza de manera muy interesante en la cocina, en el trato que el hombre hace de su propio cuerpo, en todas las formas de expresión humana. La cosmovisión está en todo, se refleja en todo. El campo que me ha parecido más interesante para acercarme a la cosmovisión mesoamericana es el del mito. Me parece que es una forma de expresión rica, ideal para tratar de entender cómo es cada una de las cosas de ese mundo, cuál es su relación entre sí, cómo se forma la gran taxonomía del cosmos, cuál es el origen de cada ser.

La cosmovisión es un pensamiento global que el hombre construye cotidianamente sin darse cuenta de que lo está haciendo. ¿Cómo es esto posible? Para entender el proceso, me gusta comparar la forma en que el hombre construye su cosmovisión con la forma en que construye el lenguaje, pues en ambos casos lo hace de manera inconsciente. ¿Cómo es posible que el hombre levante todo ese edificio lógico impresionante que es el lenguaje y lo haga sin darse cuenta? ¿Cuándo lo hace? Pues lo hace todos los días, cuando está hablando... ¿Y cómo? Pues siguiendo las reglas, pero también violándolas, contribuyendo con esas violaciones a la transformación histórica del lenguaje. Sin embargo, todo este mecanismo de acciones inconscientes —o con una racionalidad muy ligada a lo inmediato—, se va traduciendo en grandes abstracciones que, gracias a la posibilidad de comunicación que tiene el hombre, terminan por reafirmarse racionales y lógicas. O sea que el hombre, por el solo hecho de ser social, tiene poco margen para obrar irra-

cionalmente: sin saberlo, va levantando grandes edificios lógicos, tan grandes que ni siquiera es posible verbalizarlos.

Siempre me ha interesado el pensamiento del hombre y, particularmente, cómo se construye una cosmovisión. Para entender el tema es necesario estudiar la larga, larguísima, duración —hablando en términos braudelianos— y preguntarnos: ¿cómo se modificó el pensamiento del hombre con su paso de cazador-recolector a agricultor? ¿Cómo pudo una sociedad igualitaria volverse jerárquica sin lesionar el núcleo duro conceptual anterior? ¿Cómo fue variando el pensamiento de los diferentes pueblos mesoamericanos y, al mismo tiempo, cómo se fortaleció ese núcleo común que identifica a toda Mesoamérica? ¿Cómo es posible que aquellas sociedades se hayan hecho cada vez más complejas y que, a pesar del tiempo y los cambios, se hayan mantenido vivos muchos principios básicos que constituyen el centro de una tradición? Y todavía más: ¿cómo puede un hombre participar de una cosmovisión y, sin embargo, tener concepciones personales diferentes a quienes lo rodean? ¿Cómo pueden coexistir dentro de una misma tradición posiciones tan opuestas, dijéramos irreductibles que, sin embargo, tienen posibilidades de comunicación suficientes para entablar el debate?

Éstas son grandes preguntas que están sobre la mesa. Para tratar de responderlas, obviamente, tengo que seguir un buen camino y creo que uno de los más productivos es el estudio del mito. Hay que ver al mito no como un misterio, sino como un sistema de conocimiento y de expresión... Hasta ahora he estudiado el mito verbalizado, pero quiero ensayar otros caminos... Quizá sin abandonar la narración mítica, me acerque en un futuro próximo a su expresión pictórica, que es otra forma de decir las cosas. Verbalizar una imagen o ilustrar un discurso no permite, de entrada, captar mejor la riqueza de ninguno de los dos; sin embargo, jugar con los dos sistemas expresivos e intentar traducir unas formas de expresión a otras puede llevarnos a una mayor comprensión del mito.

¿Consideras que en los últimos años se han producido cambios importantes en la metodología, en los temas o en la visión del mundo prehispánico?

Sin duda alguna se han producido. Yo he vivido muchos cambios... Uno de los más notables es el fin de la idealización del mundo maya y el derrumbe de la idea exclusivista que por muchos años se tuvo acerca de su cultura. La posibilidad de leer su escritura nos está dando a conocer a unos mayas diferentes: unos mayas mesoamericanos, un pueblo que no era ajeno al resto de Mesoamérica. Volvemos a robustecer la idea de una unidad mesoamericana. No importa que algunos sigan pensando en lo maya como en un pequeño mundo, con características propias, muy distintas de las del resto de los seres humanos. Pero considerar a los mayas como uno más de los pueblos mesoamericanos permite entender mejor su cultura y, en general, lo que es Mesoamérica. Por ejemplo, ahora valoramos mejor las relaciones entre el clásico temprano maya y el centro de México. Pruebas de esta importante relación se encuentran ni más ni menos que en Copán, en donde se nota una penetración de lo teotihuacano —no hablo de los teotihuacanos, sino de lo teotihuacano—. Esa relación no implica una dependencia ni una liga política, sino la existencia de todo un complejo ideológico del que participa también el mundo maya.

Estas conclusiones, que se reforzarán con los avances de la arqueología y la antropología física —pues no sólo el trabajo de los historiadores apunta en esa dirección—, nos permitirán abrir nuevos caminos de estudio. En lo particular, estos avances marcan nuevos hitos para el análisis de la cosmovisión y, en particular, de la mitología, pues cada vez se hace más evidente que los aspectos nucleares de la cosmovisión y la mitología son comunes en Mesoamérica.

Los estudios sobre los mayas nos permiten definir Mesoamérica de una nueva manera: resaltan la importancia de un núcleo cultural duro nacido como una co-creación cultural que fue producto de muchos siglos de comunicación

de muy diversos pueblos en un amplísimo territorio, todos ellos dedicados al cultivo del maíz. Y al mismo tiempo, estos estudios señalan grandes diferencias en las expresiones culturales más externas y visibles. Así, Mesoamérica no se caracteriza sólo por su unidad profunda, si-no por su diversidad, por su enorme diversidad. Esta redefinición cambia la manera de estudiar cosmovisión y mitos. Si bien continuamos buscando versiones particulares de los mitos, resulta absurdo ya hablar de un mito estrictamente maya o de un mito de indubitable origen náhuatl, pues son expresiones distintas de mitos mesoamericanos profundos, comunes. Y este conjunto de versiones enriquece la posibilidad de entenderlos: si me contaran un mito cien veces de la misma manera tendría pocas posibilidades de entenderlo; pero si me lo cuentan de veinte o cien maneras distintas me resultará mucho más fácil hacer interpretaciones, equivalencias, entender el sentido profundo del mito.

En fin, creo que este notable cambio en la concepción de lo maya, su reintroducción en Mesoamérica, ha sido muy enriquecedor. Lo que yo he dicho para mi campo particular de estudio lo han dicho otros investigadores para los suyos. Era ya necesario romper con este aislamiento artificial de los mayas...

¿Podrías hablarnos un poco sobre tu oficio de historiador, tu forma personal de trabajar? ¿Cómo escoges tus temas y organizas tu trabajo?

El investigador joven busca temas, el investigador viejo tiene que elegirlos dentro de una pluralidad de exigencias de saber que se abren y que resulta imposible abarcar, por lo que muy a su pesar tiene que renunciar a muchos temas. Para mí la cuestión ya no radica en escoger un aspecto de estudio, sino en decidir cuál es el siguiente. Para seleccionarlo hago una ruta crítica: pienso en las respuestas que un tema pudiera ofrecerme para la respuesta de las preguntas clave que tengo pendientes. Y las preguntas se van estructurando, se van haciendo más profundas y uno se va volviendo monotemático: mientras más se ahonda en un tema, más se concentra uno en

un campo. ¿Por qué? Porque dentro del campo de estudio están bullendo las inquietudes. Aun en un ámbito tan amplio como el de la cosmovisión, que incluye religión, magia, ritual y mitología, ya no puedo elegir libremente; es como si los temas me eligieran a mí.

Respecto a la forma de abordar mis temas, no sigo un camino único. Cada investigación es diferente. Ninguna metodología puede ser vista como una receta única, ante cada nueva investigación hay que hacer un nuevo planteamiento metodológico. Con el tiempo se adquiere experiencia, aun si las investigaciones fracasan, pues la investigación es una apuesta. Lo que resulta importante es sacar experiencias de estos fracasos, ya sea para replantear el tema o para poner más cuidado e imaginación en nuevos proyectos. En cualquier caso, uno no repite los mismos caminos, pero todos los caminos recorridos aportan algo de experiencia para el siguiente.

Sobre mi forma personal de trabajar debo dividirla por etapas. La primera es la concepción y preparación del proyecto. En esta fase, como muchos lo saben, participa mi esposa. Suelo discutir con ella las ideas iniciales y los resultados que voy obteniendo a lo largo de la investigación. También es frecuente que en esta discusión inicial participe el menor de mis hijos, que es arqueólogo. Y eventualmente intervienen también algunos colegas cercanos. La segunda etapa es la de investigación propiamente dicha, y en esta fase trabajo individualmente. La obtención y registro del material son delicados, y en su ejecución se develan notables pistas. En esta etapa ni siquiera interviene una secretaria, pues soy mecanógrafo desde muy joven. En la tercera etapa, obtenidos los resultados, los someto a una discusión más amplia entre colegas, algunas veces públicamente. Es una parte enriquecedora y que evita un considerable número de errores.

No participo demasiado en proyectos de elaboración colectiva. Los temas de que me ocupo no lo permiten. Sé que el trabajo colectivo ha dado excelentes resultados a otros investigadores y en otros temas; pero el análisis y la interpretación en materia cosmológica exigen atención detallada y personal. Además, el buen

trabajo colectivo es en ocasiones sumamente lento. No es cuestión de “tú haces esto, yo hago esto, y después juntamos el trabajo”. No. Se trata de discutir constantemente, intercambiar puntos de vista, redactar en común... y así se alarga la investigación.

Sin embargo, en los últimos años he cambiado. Ahora trabajo con mi hijo, en un equipo reducido a dos. El resultado, aunque lento, ha sido provechoso. En el trabajo colectivo se gana en términos académicos, pues la discusión produce un mayor rigor y un mejor resultado. Cuando dos investigadores trabajan juntos no se suman dos cabezas; se potencian dos cabezas.

Hay otras formas de trabajo colectivo que son muy valiosas. Creo que los seminarios formales o informales, los talleres, en fin, las reuniones de colegas bajo el rubro que sea, son efectivamente muy provechosos. Cada quien puede trabajar en lo suyo, lo expone, se debate la propuesta y todos contribuyen a la construcción de un mismo edificio. Aunque no se busque un producto común la experiencia es favorable, pues la discusión siempre es enriquecedora. Creo que son muy necesarias las discusiones a nivel teórico y más ahora en que, lamentablemente, la teoría está alejándose cada vez más de nuestra profesión. Estamos realizando investigaciones cada vez menos sustentadas en un pensamiento estructurado.

Al trabajar en equipo prefiero hacerlo con gente de diversas generaciones, entre ellos los jóvenes con formación novedosa. Existen así más posibilidades de discusión teórica. Me ha sido muy provechoso trabajar colectivamente —en seminarios, en talleres— con historiadores como Federico Navarrete o Guilheim Olivier, para dar sólo dos ejemplos, pues tienen visiones y propuestas a la vez novedosas y sólidas. Al mismo tiempo rehuyo todo aquello que se aproxime a lo que se ha llamado “escuela” y, sobre todo, “la escuela de Fulano de Tal”, porque dichas asociaciones jerárquicas subordinan el pensamiento joven y limitan las posibilidades de una investigación independiente, sobre todo si exigen la fidelidad del discípulo a las ideas del maestro; esto cierra la posibilidad de

enfrentamiento dialéctico, teórico, y tiene el riesgo de convertir el equipo de trabajo en una corte. La confrontación es necesaria, incluso cuando se trata de confrontaciones apasionadas, con sus momentos duros. Creo que la discusión es más productiva que la simple colaboración.

No descarto la posibilidad de trabajar en el futuro con otros colegas, aunque cada vez resulta más difícil realizar innovaciones profundas en el ejercicio de la profesión, pues la multiplicación de compromisos académicos inhibe ésta y otras posibilidades de actividad profesional novedosa y de peso.

El trabajo con los jóvenes siempre te ha gustado, de hecho, has dedicado muchos años a la docencia en todos los niveles escolares, ¿podrías contarnos algo de tu experiencia como maestro?

He impartido clases a todos los niveles educativos y mi experiencia ha sido muy diferente en cada uno de ellos. Empecé dando clases en una preparatoria pública y fue un trabajo que disfruté. La edad formativa de los alumnos de preparatoria los hace receptivos. En ocasiones —y sobre todo en la provincia— fuera de clase el maestro se convierte en un compañero consultor. En mi caso este papel fue importante, dado que en ese tiempo yo era abogado practicante. Muchas consultas resultaron bastante fuertes, como la del hijo de padre alcohólico que había caído en la cárcel por haber quedado tirado, ebrio, en la vía pública, o la del muchacho desconcertado que había embarazado a su novia... No se imaginan ustedes la variedad de confianzas que recibí en aquella época. También tuve la oportunidad de orientar a algunos jóvenes sobre los estudios futuros. A los que querían ser abogados los llevaba a los juzgados para que se dieran cuenta de cómo era el derecho en la práctica. Tras la experiencia hubo quienes desistieron. Tal vez no hubieran sido buenos abogados; algunos son ahora excelentes sociólogos.

También fui profesor de primaria, aunque sólo de mis hijos. Cuando nos fuimos de sabático, mi mujer y yo les enseñamos lo que deberían estar aprendiendo en la escuela, en quinto

y sexto de primaria. Fue una experiencia increíble. Gozamos al estudiar juntos la teoría de conjuntos, de la cual Martha y yo no teníamos ni la menor idea... También enseñé en secundaria. Muchos profesores universitarios nos ofrecimos a dar clases de secundaria para adultos, en el sistema abierto. Pedimos prestados, los sábados, los salones de clases de la Facultad de Filosofía. En un principio creímos que sólo asistirían trabajadores del sindicato de la UNAM, pero como el proyecto se anunció en Radio Universidad, los salones se llenaron. Los profesores estábamos muy entusiasmados y dábamos clases de todo. Yo impartí clases de ciencias naturales, matemáticas, literatura... Creo que nunca de historia... Fue una increíble experiencia. Muchos, muchos de los alumnos siguieron adelante y ahora son profesionistas.

Y, desde luego, durante muchos años he dado cursos de licenciatura y de posgrado. Espero no dejarlos en tanto la vejez no me impida seguir exponiendo ideas sensatas. Los dos cursos me gustan mucho. En el posgrado hay un diálogo más completo con los estudiantes; la licenciatura me atrae por formativa. Sin embargo, en los últimos años me he concretado a los cursos de la UNAM. He debido renunciar a los impartidos en la ENAH, El Colegio de México y el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, instituciones en las que he tenido excelentes alumnos y muchas satisfacciones. Ya no alcanza el tiempo. Quisiera retomar mis clases en estos lugares; pero, como me dijo un día mi maestro Ángel María Garibay: “De viejos, el tiempo se nos vuelve corto. Si para los niños los días son eternos, para el viejo son muy breves”. He caído en la brevedad de los días y lo lamento.

Habría que agregar que actualmente la brevedad de los días invade incluso la vida de los historiadores más jóvenes. Nuestra profesión ha cambiado mucho desde que los estímulos y otras formas sustitutivas del justo salario pesan demasiado en la economía familiar, pues el sistema nos ha apartado de la seriedad de la academia. Se multiplican congresos, conferencias, reuniones, cuerpos académicos, tareas

que a final de cuentas nos exigen una dedicación constante y nos apartan de lo que es nuclear: la investigación seria, que exige total dedicación y que lleva muchos años. Predomina una idea productivista. Mientras más se piense en la academia con una mentalidad de mercaderes, el resultado será peor. No es que esté en contra de los mercaderes, pero creo que es tan absurdo que ellos traten de imponernos criterios de cómo vivir la academia, como si nosotros les propusiéramos una solidaridad de tipo académico en las empresas. Los haríamos quebrar, al igual que ellos nos están haciendo reventar a nosotros.

En fin, disfruto de la docencia. En mis clases busco eliminar las distancias, las barreras entre maestro y alumnos. Estas barreras permiten construir una falsa autoridad. En el salón de clases he aprendido a decir: “Estoy equivocado: tengo que decir que lo que les dije ayer no era lo correcto” o “No sé” o “Debemos construir entre todos la respuesta”. El maestro tiene más experiencia, pero los alumnos tienen entusiasmo y puntos de vista valiosos. Hay que transformar las aulas en lugares de dudas, no en lugares de verdades absolutas.

En resumen, la docencia me ha proporcionado otra posibilidad de gozar mi vida.

uno de los primeros grabados (15 años)



Auto-retrato
1929

Isabel Maseu